

Iglesia y Sociedad Pluratista

Reproducimos a continuación un Documento extraoficial, publicado por la revista española "Ecclesia" (sábado 10 de julio de 1976, pp. 23 - 29) y firmado por los Obispos y Teólogos siguientes: José María Setién, Antonio Palenzuela, Ricardo Alberdi, Rafael Belda, Olegario González de Cardedal, Juan Martín Velasco y Fernando Sebastián. Su declaración viene a llenar un vacío en la dimensión teológico-política de la Iglesia y sociedad española. Pero el planteamiento es tan interesante y universal que entendemos puede servir igualmente de reflexión para múltiples problemas de la teología-política latinoamericana. Por ello nos permitimos presentárselo a nuestros lectores.

Introducción

1

Nuestra Iglesia, ya desde el Concilio, pero muy especialmente en los últimos años se esfuerza por salir de una situación histórica muy característica de nuestro país, que ha tenido, sin duda, sus momentos de grandeza y de fecundidad, pero que hoy resulta excesivamente ambigua por las especiales características sociológicas y por las múltiples implicaciones políticas.

En este período de transición, la necesidad de romper unas estructuras socio-religiosas ha desarrollado entre nosotros una especial sensibilidad para todos los aspectos sociales y políticos del cristianismo; la reacción contra situaciones pasadas, o la necesidad de prestar la voz y la acción a quienes no podían hablar ni actuar, nos ha llevado a descubrir de golpe lo social y lo político como terrenos donde se debe jugar con seriedad y con eficacia la autenticidad y el futuro de nuestra fe. Tal descubrimiento y aceptación de tareas han sido un progreso y ninguna fase ulterior de la evolución eclesial podrá ignorarlas o situarse detrás de ellas.

2

La Iglesia, para llevar a cabo esas nuevas tareas históricas, a la vez que asume consciente ese mundo y esos hombres, debe redescubrir su fundamento religioso, es decir, su relación con Jesús de Nazareth y su necesaria conexión con el Dios viviente; y desde ahí clarificar el sentido y el alcance de su misión específica.

El redescubrimiento, por tanto, del valor humanizador de lo religioso (cuando es vivido auténticamente) para una existencia humana que se abre a la realidad total del mundo y no ciega ninguna de las expectativas del espíritu humano; la confianza en la fuerza de la fe viva y en la fecundidad del Evangelio para salvar, es decir, para liberar y planificar al hombre, ofreciéndole sentido, verdad y esperanza; la alegría desde la que se responde a Dios filialmente y se ama a los demás hombres con el realismo y la incondicionalidad con que Cristo los amó; el valor para responder a la llamada de Cristo y anunciar su palabra a todos los hombres, en todas las situaciones culturales, sociales y políticas; en una palabra, la fe esperanzada y alegre, que no ignora ningún hecho pero que los vive todos delante de Dios: he ahí unas actitudes que nos parecen ser una exigencia primaria ante la que está la Iglesia hoy.

3

Para evitar que algunas de las afirmaciones siguientes sean malentendidas es necesario clarificar la significación de lo religioso en relación con lo humano, por un lado, y en la relación con la Revelación de Dios en Cristo, por otro, diferenciándolo a la vez, tanto frente a una concepción que identifica lo religioso con lo mágico como frente a otra que lo identifica sin más con lo humano vivido auténticamente.

El hombre es religioso cuando vive su realidad y realiza su existencia ante el Misterio, es decir, delante de Dios en una actitud de consentimiento, de adoración y de respuesta activa, mediante la cual ofrece a los demás como benevolencia, servicio y liberación lo que él recibe de Dios como gracia y libertad. Lo religioso no es, por tanto, algo superpuesto o externo a la vida humana, sino ésta misma vivida en una nueva referencia a Dios, a los hombres y al mundo; referencia fundamental derivada de la revelación que Dios hace de Sí mismo al hombre y de la respuesta que él le da. Esta revelación y respuesta le llevan a descubrir niveles de realidad, imperativos éticos y promesas de futuro que él por sí solo no hubiera sospechado.

En Jesucristo reconoce el cristiano la presencia activa y la oferta salvífica de Dios. En la obediencia personal que implica la fe, el hombre llega a su propia plenitud al vivirse como Jesús en una fidelidad incondicional a Dios y en un servicio total a los hombres. De esta forma, la fe en Cristo despliega y lleva a su perfección la estructura personal y social de la existencia humana, abriéndola al diálogo filial con Dios y al amor realista y gratuito para los hermanos, tal como Cristo lo explicó en su palabra y lo realizó con su vivir hasta la muerte.

A la esencia de lo religioso pertenece también la dimensión comunitaria e institucional, ya que la fe sólo se realiza en comunidad mediante signos litúrgicos, hechos históricos y formas sociales.

4

A la luz de esto, las páginas siguientes quieren:

- a. Hacer algunas afirmaciones claras y explícitas sobre lo que son realidades cristianas fundamentales.
- b. Detectar las ambigüedades históricas de nuestra Iglesia y muy especialmente las de su pasado más reciente en nuestro país.
- c. Mostrar lo que son imperativos mayores específicos dentro de una sociedad democrática, pluralista y secularizada, a la que se reconoce competencia exclusiva en unos campos y dentro de la cual la Iglesia quiere situarse sin exigir un trato especial y sin negar su propia identidad y por ello su diferenciación.

Sabemos que la Iglesia no puede evadirse a una tierra de nadie y pensar los problemas en abstracto al margen de sus implicaciones históricas para los hombres que la forman y para quienes la miran desde fuera. Le es, por tanto, indispensable pensar su situación en referencia al mundo concreto en que está inserta. Pero no menos necesario le es volver la mirada a sí misma, a sus orígenes constituyentes, a la intencionalidad profunda que anima lo religioso y lo cristiano, y desde ahí iluminar la situación.

En momentos de perplejidad, como los actuales, son posibles dos actitudes distintas: la de continuismo, que quiere prolongar sin más formas y valores de la configuración cultural y eclesial propia de otras épocas; y la de una desconexión absoluta con la historia anterior, esperando que las nuevas situaciones culturales e histórico-políticas nos traigan automáticamente una especie de renacimiento de la fe, como resultado natural de los nuevos valores y conquistas.

Frente a una y otra; estas páginas postulan una actitud de explícita conexión con los orígenes fundamentales y con la tradición viva de la Iglesia, junto con la necesaria libertad para recrear una expresión contemporánea, que sea significativa y que permita la integración de la experiencia histórica y de la experiencia creyente en el corazón del cristiano. A la vez postulan una lúcida conexión con los movimientos contemporáneos de conciencias y acción, refiriéndolos críticamente a las realidades objetivas y a los criterios de la fe, que nos ha sido dada en los testigos cualificados y sobre todo en el Testigo fiel, Jesucristo. Pensar que la fe pueda renacer más viva y verdadera en un silenciamiento de la confesión cristológica o distanciándose de la comunidad creyente, sería empeño vano y a la larga destruiría aquello que se quería reconstruir.

Estas afirmaciones las hacemos con temor y temblor, conscientes y solidarios de las enormes dificultades que muchos hombres sienten hoy para creer y para seguir creyendo, conscientes y solidarios de los sinuosos caminos por los que Dios lleva a su Iglesia, y de cómo estos caminos no se pueden ni cambiar por otros ni acortar por los atajos.

No es esto todo lo que sin duda se debe decir hoy en la Iglesia. En cualquier caso, nos parece que es esencial. Otras voces complementarán desde otras perspectivas teóricas y desde otras situaciones históricas nuestra visión. Nosotros mismos tenemos la intención de seguir haciéndolo en momentos posteriores.

Iglesia y Sociedad Pluralista

I

1. La confesión del Dios verdadero revelado en Jesucristo es lo que constituye y diferencia fundamentalmente al hombre cristiano dentro de la sociedad. El nombre de Dios no puede convertirse en instrumento para ningún objetivo por bueno y noble que parezca. El hombre se salva, y salva al mundo con él, cuando mediante la fe reconoce a Dios como verdad absoluta y valor último de su vida.

2. La confesión del verdadero Dios es fuente de libertad y de vida. Adorando a Dios el hombre afirma su voluntad de vivir en la verdad, en el bien y en la justicia, se siente liberado de todo temor, idolatría o esclavitud y afirma su derecho a ser plenamente centro y verdadero beneficiario de la creación. La fe es estímulo permanente para luchar contra los ídolos y las injusticias que oprimen al hombre.

3. No todas las situaciones son igualmente justas para el hombre, pero en todas ellas, en la felicidad y en el dolor, en la abundancia y en la pobreza, en la vida y en la muerte, tiene el hombre la posibilidad y la necesidad de invocar a Dios y de confiar en Él. Es Dios mismo quien nos ha dado esta facultad haciéndonos así superiores a todo sufrimiento y a cualquier opresión. Negarle al hombre esta posibilidad hasta que no resuelva suficientemente los problemas de la tierra,

o relegarla a segundo plano porque no sirve para resolver estos problemas, es suprimir la más alta dignidad humana, hacernos esclavos de la necesidad y candidatos para la desesperación.

4. Esta persuasión, fundada en la fe, no la entendemos como una forma más o menos sutil de invitación al conformismo o de legitimación implícita de las situaciones de injusticia e insolidaridad. La vida de fe en el Dios verdadero suscita inevitablemente en el corazón del hombre creyente el deseo de un compromiso para eliminar todas las formas de relación y los obstáculos estructurales que lesionan la dignidad humana y por ello deforman la imagen de Dios en sus hijos.

II

5. La existencia personal de Jesús de Nazareth, tal como fue históricamente vivida e interpretada y transmitida por los testigos apostólicos y como es manifestada por el Espíritu Santo a través de los siglos, es la revelación y la donación suprema de Dios a los hombres. Por esto, y no simplemente por su ejemplaridad ética o por su dinamismo revolucionario, es absolutamente único en la historia y tiene un valor definitivo para los que creen en El y lo invocan como Salvador.

6. La única actitud cabal del hombre ante Cristo es la conversión, por la cual se le reconoce en verdad como acercamiento supremo de Dios a los hombres, y al mismo tiempo como arquetipo de las más altas posibilidades de la humanidad cuando se quiere vivir por la fe en alianza con Dios. Gracias a la fe y a la conversión podemos los hombres entrar y mantenernos plenamente en la Iglesia y recibir el Reino de Dios.

7. El reconocimiento del mensaje y de la persona de Jesús, mediante la fe y la conversión, lleva consigo la aceptación de un sentido último y de unos valores definitivos en la vida humana. Por la fe el hombre decide las coordenadas fundamentales y las aspiraciones últimas de su vida. Los creyentes reconocemos plenamente la libertad del pensamiento y la vocación del hombre a dominar el mundo. Por situarse en unas dimensiones de gracia, la fe no restringe cuanto los hombres podamos comprender, decidir o realizar por nuestros propios medios en este mundo. Lo único que la fe excluye es la pretensión demoníaca de quienes intenten interpretar y controlar enteramente la vida del hombre con actitudes totalitarias, en el pensamiento y en la acción, que tiendan a dominar y programar la existencia humana como dueños absolutos del ser y de la vida.

III

8. La Iglesia es la comunidad histórica de quienes creen en Jesús, aceptándolo como Salvador de su vida en una permanente actitud de conversión y de amor celebrada comunitariamente en los sacramentos. En la sociedad actual la Iglesia no abarca a todos los hombres, ni puede pretender retenerlos bajo su autoridad por medios coactivos. La Iglesia no es originalmente una cuestión de autoridad, sino de libertad. No podrá encontrar su propia identidad mientras no renuncie a situaciones sociológicamente desmesuradas y no se restrinja cuantitativa y cualitativamente a su propia realidad. Sólo los bautizados que quieran vivir en actitud de conversión son enteramente miembros de la Iglesia; y sólo los aspectos religiosos de la vida personal y social del hombre son el objeto propio y directo de su misión

en el mundo.

9. Por medio de todos y cada uno de sus miembros, la Iglesia continúa en el mundo la misión de Jesús. El anuncio del Reino de Dios a los hombres, la posibilidad de vivir reconciliados con El por la fe y la conversión como raíz de una verdadera realización y salvación. A partir de esta conversión los creyentes establecen entre sí una comunidad a la que son esenciales la fraternidad y la comunicación de bienes entre sí y con todos los hombres.

Es indispensable devolver hoy, dentro de la sociedad moderna, a esta comunidad de creyentes todo su realismo y toda su verdad. A partir de esta veracidad de su pertenencia a la Iglesia de Dios, por la vida y no sólo por las creencias, podrá el cristiano anunciar el Reino de Dios a los demás hombres y comprometerse con desinterés y con esperanza por una sociedad más justa y más fraterna.

El anuncio del mensaje de salvación y su constitución como sacramento de unidad y reconciliación impiden que la Iglesia se cierre en sí misma; su misión es el mundo del que ella misma, a pesar de su originalidad, forma parte. Ningún acontecimiento de la historia humana le puede dejar indiferente; pues en ella se inicia la salvación posibilitada por la pasión y resurrección de Jesús.

Por eso la Iglesia no puede sentirse ajena a los problemas humanos. Desde su propia perspectiva, y en cumplimiento de su misión, la Iglesia, que no debe usurpar la legítima autonomía del mundo y su contribución al Reino, debe oponerse con todas sus fuerzas a lo que en la historia maltrata al hombre y dificulta la reconciliación universal. La Iglesia no puede ser neutral ante la explotación y la opresión, la tiranía o el totalitarismo.

10. La Iglesia lee el Evangelio y redescubre la imagen de Jesucristo como norma y aspiración de los creyentes desde la trama real de la vida, estimulada por las situaciones concretas en que los creyentes tienen que invocar a Dios y anunciar su nombre viviendo la fraternidad en el Espíritu de Jesús. Para ser legítima, toda lectura del Evangelio tiene que tratar de ser integral, recogiendo todos los rasgos de la Escritura y manteniendo abierta la capacidad de integración con las demás imágenes que han regido y rigen para los creyentes en otros tiempos y lugares. La garantía de la lectura integral del Evangelio nos viene dada por la presencia del Espíritu en la Iglesia.

En la tradición y vivencia del mensaje de Jesús por parte de los cristianos, aunque se haga siempre bajo el influjo de múltiples condicionamientos históricos y sea deficiente por las limitaciones y debilidades de los hombres, no puede haber corrupciones completas ni tampoco formas perfectamente logradas. Por eso en la Iglesia no hay ningún pasado que pueda ser totalmente rechazado o integralmente mantenido, ni ningún proyecto que permita romper con todo lo anterior. Siempre es necesaria la crítica, nunca son legítimos los inmovilismos ni las rupturas. La Iglesia es esencialmente tradición de una memoria de Jesús y de una forma concreta de creer en El cumpliendo sus mandamientos.

11. Como don gratuito de Dios hecho a la humanidad en la historia, la Iglesia es de alguna manera contingente. Por ello, no puede pretender abarcar como específicos todos los objetivos históricos por los cuales trabajan los mejores miembros de la comunidad. Debe sumarse al esfuerzo por la justicia, por la paz, por la cultura, pero consciente de que en ello es una fuerza más entre muchas otras, y consciente también de que, si a la vez no fomenta y manifiesta sus propios contenidos religiosos de una u otra manera, abandona y pierde su propia identidad, y por tanto su razón de ser como grupo diferenciado dentro de la sociedad humana.

En el plano de lo personal esta pérdida de identidad de la Iglesia, sentida por muchos como consecuencia del oscurecimiento de los rasgos específicos de la vida y de la comunidad cristiana, se vive como pérdida de fe y de pertenencia social. Por ello es urgente redescubrir el valor decisivo de lo estrictamente religioso en la vida del hombre. La Iglesia no encontrará su camino sustituyendo su misión religiosa por otra cultural, social o política, por noble y justa que sea, sino redescubriendo la decisiva importancia de la aceptación de Dios y de su gracia para la realización de la vida humana. Hemos perdido la confianza real en la eficacia humanizadora de lo religioso. Rechazamos sus deformaciones, pero no recuperamos su verdadera forma. La responsabilidad más urgente que hoy tiene la Iglesia es recuperar este respeto y estima de lo religioso devolviéndolo al patrimonio común de los hombres. Ello no acontecerá sin una concentración de los cristianos y muy especialmente de sus pastores, en la promoción de una Iglesia libre, de verdaderos convertidos, en donde el Evangelio de Jesús sea norma vigente y transformadora de aquellos que libremente creen en él y esperan de Dios la vida eterna para todos.

Otros planteamientos, que pretendan conseguir el relanzamiento de la Iglesia haciéndola entrar en la lucha política, ya sea aliándose con el poder establecido o con las fuerzas revolucionarias, desnaturalizan igualmente la misión de la Iglesia y la vida cristiana, al dejar en un segundo lugar los elementos específicamente religiosos y olvidar aquellos aspectos de la vida personal que no sean los estrictamente políticos y públicos. Si la Iglesia no recupera la confianza en sí misma como comunidad religiosa de salvación, no podrá subsistir en una sociedad que cada vez la necesita menos como gestora de otras funciones supletorias.

Es normal que los grupos políticos, en el poder o en la oposición, acepten a la Iglesia cuando coincide con ellos en algunos objetivos concretos, pero entonces no la aceptan específicamente como Iglesia, sino como fuerza social; por eso estas alianzas no garantizan la pervivencia de la Iglesia en cuanto tal, si ella misma no desarrolla y ejerce expresamente sus elementos específicos. La Iglesia puede perder su identidad por una encarnación indiferenciada, como puede perder su significación por un distanciamiento del mundo.

IV

12. En la medida en que la Iglesia acentúe su ser como comunidad religiosa de hombres creyentes y convertidos, adquirirá mayor capacidad de dar ante los hombres, hacia adentro y hacia fuera, el testimonio de una vida personal y comunitaria diferente, restaurada por la fe y el Espíritu de Jesús. Es absurdo pretender imponer el Evangelio a la sociedad entera por vías revolucionarias, cuando una verdadera comunidad de creyentes sólo surge por el camino de la conversión. Una Iglesia poco religiosa y poco convertida no puede tampoco aportar una contribución específica, auténtica y vigorosa a la transformación de la sociedad. El resultado es privar a los hombres y a la sociedad de una dimensión que sólo la Iglesia puede aportar a los procesos sociales e históricos de una manera adecuada y explícita.

13. La unidad y la consistencia de la Iglesia tienen su fundamento y sus causas en ella misma, en la palabra de Dios anunciada y aceptada, en la conversión permanentemente renovada, en las celebraciones sacramentales, en el carisma de unidad de sus pastores y en la vida fraterna continuamente reconstruida en el nombre de Jesús. Pero, asimismo, los factores sociopolíticos, que afectan a la

naturaleza de las relaciones de convivencia entre los hombres, preparan, favorecen o deterioran esa unidad eclesial.

Si en una sociedad concreta los cristianos se hallan distribuidos entre las clases y grupos sociales que guardan entre sí la relación de dominadores y dominados, sería erróneo concebir la unidad eclesial al margen del esfuerzo firme y decidido por estirpar las causas estructurales y personales que han producido tal situación objetiva de opresión. La unidad eclesial no se reduce a la reconciliación de los hombres en una hipotética sociedad futura sin explotadores y explotados, pero tampoco se edifica sin conexión con las luchas por acercarse cuanto sea posible hacia dicho objetivo.

V

14. Nuestra Iglesia necesita urgentemente distinguirse del resto de la sociedad como comunidad religiosa de la que forman parte plenamente los adultos bautizados que quieren vivir según el Evangelio de Jesucristo. Para poder subsistir en una sociedad desarrollada, democrática y pluralista, la Iglesia debe apoyarse en los elementos estrictamente religiosos de su propia identidad: aceptación del Evangelio y conversión a Dios, celebración sacramental de la salvación y vida fraterna en el Espíritu Santo.

En vez de pretender imponer los propios criterios a toda la sociedad, ya sea por el camino del predominio social o de la revolución, los cristianos, y muy especialmente los pastores, tenemos que dedicarnos a construir la Iglesia como comunidad de hombres convertidos y reconciliados que anuncian a todos la bondad de Dios y la posibilidad de una salvación y vida fraterna en el Espíritu Santo. Sólo desde su propio ser, grande o pequeño, pero auténticamente cristiano, puede la Iglesia anunciar el evangelio como una auténtica buena noticia para los hombres de buena voluntad que luchan por una verdadera humanidad.

15. En España ha dominado una situación de excesiva identificación entre la Iglesia y las realidades sociológicas. El catolicismo era un elemento configurador del patrimonio cultural, de la identidad social y hasta del ordenamiento político. Esto ha traído un debilitamiento de los aspectos personales y libres de la fe, y por tanto de su eficacia renovadora, con la consiguiente confusión institucional y real entre sociedad e Iglesia, sus respectivas competencias e instituciones. Contra esta situación hay que afirmar rotundamente el carácter libre de la pertenencia a la Iglesia, fomentada por una adecuada evangelización que invite a todos a la conversión, al cambio de mente y de vida.

Sólo desde la fe personal se puede vivir libre y sinceramente una vida en verdad cristiana, diferente. Hoy no tiene sentido pretender una coextensión entre sociedad e Iglesia, ni tiene sentido recurrir a las instituciones civiles para que impongan a la sociedad una vida cristiana. Las instituciones civiles tienden cada vez más a regirse por las convicciones racionales que son patrimonio común de la población. La Iglesia tiene que aprender a no ser impositiva. El sistema de nacional catolicismo lleva sin remedio al empobrecimiento religioso de la Iglesia y al autoritarismo político.

Entre nosotros y más marcadamente en estos últimos años del desarrollo, no hemos puesto suficientemente de relieve las contradicciones que existen entre algunos de los criterios del capitalismo y las exigencias primordiales del Evangelio. Es preciso decir lisa y llanamente que los criterios dominantes en unas estructuras capi-

talistas de producción no concuerdan con una vida verdaderamente cristiana, convertida al Dios de la caridad y a la caridad de Dios como punto de referencia absoluto para la libertad humana y para la verdadera humanidad. Si los cristianos tenemos que vivir en una sociedad capitalista tendremos que hacerlo exigiéndonos una conducta diferente de la que las líneas de fuerza del capitalismo inducen a adoptar, y buscando con nuestra responsabilidad ciudadana y política la manera de modificar cuanto en esta sociedad sea incompatible con el reconocimiento efectivo y serio de la dignidad de todos los hombres y de la fraternidad humana como valor supremo de la vida y del verdadero culto a Dios. El lucro individual no puede ser nunca criterio único ni definitivo para ningún cristiano.

VI

16. La política debe ser reconocida como un medio privilegiado en la sociedad actual para luchar contra el mal y los sufrimientos de los hombres y acercar la realidad a los planes de Dios y a lo que el hombre se merece. Desde sus propias convicciones religiosas los cristianos tienen que participar en ella bajo su personal responsabilidad, en los grupos y por los medios que les parezcan más razonables, más eficaces y hasta más coherentes con la fe que profesan. El pluralismo político de los cristianos es algo que viene absolutamente exigido por la limitación de la misión específica de la Iglesia a las esferas religiosas, que no son meramente espirituales, por la autonomía racional de las ciencias y de los métodos que configuran la política, por la imposibilidad de que ningún sistema ni partido político abarque la plenitud de las promesas de Dios a los hombres que la Iglesia anuncia y promueve.

La Iglesia no puede dirigir ni unificar la Iglesia desde determinadas preferencias políticas, por muy cercanas que parezcan al espíritu cristiano. Porque en una opción política siempre hay bastantes más elementos que las simples valoraciones religiosas. Si no, sería política. Y sus objetivos son, por fuerza, bastante más restringidos que los objetivos de Dios en favor de los hombres.

17. Los cristianos, al asumir sus compromisos civiles y políticos, deben hacerlo según su propia conciencia y bajo su personal responsabilidad. Su fe les proporciona unas motivaciones y unos criterios morales comunes, sus actuaciones tienen que buscar permanentemente la coherencia con unas mismas fidelidades, pero el examen racional de las situaciones y de los métodos, los diversos tipos de formación, de situación social y aun de temperamento, suscitarán entre ellos legítimas diferencias y hasta conflictos.

La Iglesia no puede imponerles ninguna postura determinada en los asuntos temporales con la autoridad del Evangelio, solamente debe exigirles vivir de tal manera sus propias opciones que no hagan imposible la verdadera fraternidad entre los creyentes, ni nieguen las preferencias y los objetivos fundamentales del Evangelio, para poder celebrar sinceramente, en una actitud de penitente conversión y de comunión fraterna, la Cena y el Sacrificio del Señor. Ningún ordenamiento legal, ninguna ideología, ninguna opción de clase, puede ser aceptada por los cristianos, de tal manera que rompa la comunicación en la Eucaristía y les impida darse el abrazo de la paz.

VII

18. No pocos cristianos, que perciben agudamente la incompatibilidad entre

las estructuras capitalistas y la realización de una comunidad fraternal universal, optan por el socialismo, considerado como alternativa global y opuesta a la sociedad capitalista.

Desde un punto de vista teórico y global, no es difícil detectar la convergencia existente entre ciertos objetivos del socialismo y las exigencias éticas de la vida cristiana. La satisfacción de la necesidad personal y comunitarias en lugar de la búsqueda del lucro privado; la abolición de cualquier forma de explotación y opresión, mediante la creación de estructuras opuestas a la discriminación clasista; la acentuación del carácter comunitario del hombre ... solicitan la adhesión del cristiano que quiere ser fiel a las exigencias del seguimiento de Jesús.

Con todo, sería peligroso desconocer el pluralismo de las concepciones teóricas, de las realizaciones prácticas y de los programas políticos que se esconden bajo el mismo denominador común de socialismo, dentro de los cuales se contienen afirmaciones inconcebibles con la fe cristiana. La autonomía del cristiano en la construcción del mundo no es tan ilimitada que le permita acoger cualquier ideología o aprobar indiscriminadamente cualquier programa político. Si no queremos desenbocar en un nuevo dualismo o en un reduccionismo que extenúe los contenidos de la fe, hay que reconocer a ésta la capacidad de someter a crítica, desde su peculiar punto de vista, todas las ideologías y programas.

La salvación cristiana trasciende las realizaciones humanas, al mismo tiempo que asume y estimula las aspiraciones y realizaciones que contribuyen a crear progresivamente al hombre como imagen de Dios, en su doble vertiente personal y comunitaria. La convergencia no puede convertirse en identificación; la fe no puede reducirse a cobertura de nuestros proyectos; la racionalidad política no es la última palabra para el cristiano; la Iglesia no es simplemente la reunión de los que se identifican con el mismo proyecto social.

19. Hay que afirmar que la Iglesia debe ser una comunidad real en la que se viva personal y socialmente el Evangelio más allá de las exigencias de las leyes civiles y de los usos de la sociedad circundante, de tal manera que aparezca ante los hombres el ejemplo vivo de una vida humana reconciliada, libre y liberadora, que sea a la vez crítica y estímulo para la sociedad entera. Aunque la Iglesia, por su origen y por la naturaleza de sus últimos objetivos, no puede identificarse con ninguna institución humana ni ningún objetivo histórico, ella tiene que testificar y trabajar en favor de un progreso real de la humanidad hacia el modelo esperado del Reino de Dios, encontrándose con todas las fuerzas positivas y nobles que mueven a la humanidad y manteniéndose a la vez distanciada y libre para criticar en ellas todo lo que no esté suficientemente abierto u orientado a esta plenitud final, que no nace de la tierra, sino que tiene que ser esperada como don de Dios a los hombres de buena voluntad. Los cristianos, bajo su personal responsabilidad, tienen que trabajar, por todos los medios posibles y legítimos, en favor de esa permanente humanización de la sociedad, pensando que así cumplen los mandamientos de Dios, santifican su nombre y preparan la venida de su Reino.

Por todo ello, es preciso reconocer la validez de los esfuerzos por independizar a la Iglesia de las vinculaciones sociológicas y políticas que la impiden realizarse a sí misma auténticamente como una comunidad de creyentes, y ejercer tanto su función crítica respecto de todos los aspectos pecaminosos y deficientes de la sociedad, como función estimulante y anticipativa en favor de una humanidad siempre más justa y más fraterna. La Iglesia debe mantenerse siempre en una dolorosa dialéctica con la sociedad entera, pero no puede dejarse envolver enteramente por

ninguno de los polos dialécticos en que vive disociada la humanidad. Dejará de hacer sus aportaciones específicas al conjunto de la sociedad y de la historia.

20. Los ministros de la Iglesia son escogidos y consagrados para dirigir la vida religiosa de los creyentes, alimentar y estimular su fe, presidir sus celebraciones, expresar y mantener continuamente la unidad de cada comunidad de creyentes y de todas las comunidades entre sí, sin perjuicio de una auténtica corresponsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios.

Esta misión no puede ser nunca instrumentalizada por las opciones políticas de quien la desempeña. Su ordenación y sus funciones específicas tienen sólo significación y autoridad dentro de la comunidad misma y respecto de los creyentes; ante el conjunto de la sociedad, y desde un punto de vista civil, son ciudadanos como los demás, sometidos a las mismas leyes que los demás, y sin otra autoridad o relevancia que la que sus méritos personales les confieran. No tiene un sentido claro que los sacerdotes se sientan dirigentes de barrio o animadores de grupos políticos, ni que los obispos se sientan llamados a orientar las actuaciones políticas de sus conciudadanos. Puede ser que el peso de nuestras tradiciones haga esto todavía inevitable, pero es necesario darse cuenta de que es esta una situación confusa, diferenciada y arcaica, con demasiados rasgos de una sociedad medieval y aún precristiana. Mientras tanto, los temas específicos que sustentan la fe y construyen la Iglesia no son suficientemente atendidos, entre otras cosas porque no se confía suficientemente en el valor humanizador de la religiosidad ni del culto verdadero respecto de todas las realidades humanas, también las económicas, sociales y políticas.

Los cristianos y todos los miembros de nuestra sociedad tienen derecho a esperar de los pastores que aclaren los elementos y los objetivos primordiales de la Iglesia, su forma específica de situarse y actuar en la sociedad contemporánea, así como las principales incompatibilidades con las estructuras y con la ética del capitalismo y del marxismo. Han quedado atrás los tiempos de la indeterminación, de la timidez y de las connivencias. La Iglesia debe afirmarse y hacerse respetar desde ella misma y desde unas posiciones sólidas y claras.

VIII

21. Entramos en una época de creciente libertad y pluralidad social. Es importante que la Iglesia subraye su diferenciación del resto de la sociedad. No en el sentido de ofrecer a los cristianos refugio en un paraíso espiritualista al margen de la vida real y de los verdaderos conflictos de los hombres sino para delimitar bien su propio origen, sus formas de vida, sus propias competencias y sus aportaciones específicas a la redención y a la liberación de la humanidad y de los hombres concretos. Para ello es preciso reconocer a la sociedad civil su plena autonomía respecto de sus propias cuestiones, acostumbrarse a decidir los problemas de la comunidad política por procedimientos políticos. Es urgente sentar las bases para que los problemas políticos o jurídicos que se pueden plantear dentro de poco entre nosotros no se quieran resolver en el campo de los ordenamientos civiles por procedimientos y mucho menos por imposiciones religiosas. Que los problemas que hayan de ser dilucidados políticamente en el campo de las instituciones y los ordenamientos civiles y jurídicos no se conviertan en nuevas divisiones dentro de la Iglesia ni en fuente de nuevos rechazos desde la sociedad frente a una Iglesia civilmente prepotente. Temas como el del divorcio tienen que tener un tratamiento propio dentro de

la Iglesia para los creyentes que quieran vivir de acuerdo con las exigencias de la fe cristiana, y otro diferente como objeto del ordenamiento civil.

22. Deseamos una Iglesia que sea de verdad la comunidad de los creyentes convertidos al Evangelio de Jesucristo, una Iglesia de hombres que crean en Dios como origen y garantía de la plena salvación de los hombres y testifiquen ante la sociedad el valor liberador y humanizante de esta fe. Una Iglesia que no pretenda imponerse al resto de la sociedad, ni quiera fortalecerse con privilegios sociales, sino que viva civil y políticamente en la misma condición que los demás ciudadanos y grupos sociales; una Iglesia que honre el nombre de Dios ante los hombres y contribuya positivamente a acercar la vida humana al Reino de Dios esperado; sin separarse de la historia y sin confundirse con ella, sin huír del mundo y sin conformarse con él, formando parte real de la sociedad y no dejándose asimilar por nada ni por nadie. Una Iglesia convertida y sostenida por la esperanza de una humanidad justa y feliz que viene de Dios.

1 de junio de 1976.

Ricardo Alberdi, Rafael Belda, Olegario González de Cardedal, Juan Martín Velasco, Antonio Palenzuela, Fernando Sebastián y José María Setién.

Entre las Persecuciones del Mundo y los Consuelos de Dios

Carta Pastoral de la Conferencia Episcopal Paraguaya

Introducción

“Que se nos considere a nosotros servidores de Cristo y encargados de anunciar los secretos de Dios”.

“A nosotros los apóstoles nos asigna Dios el último puesto, como condenados a muerte, dándonos en espectáculo al mundo entero, lo mismo a ángeles que a hombres”.

“Se diría que somos basura del mundo, deshecho de la humanidad, y esto hasta el día de hoy”. 1 Cor 4, 1.9.13.

Queridos hermanos:

1. Como en otras oportunidades nos dirigimos a ustedes movidos por la conciencia de nuestra responsabilidad sagrada e indeclinable. Es lógico que esta conciencia se vuelva acuciante en ocasiones como la presente, de honda preocupación y viva inquietud, ante hechos que afectan muy seriamente la vida de nuestra Iglesia.

Los Obispos nos hemos reunidos en estos meses para considerar debidamente los acontecimientos presentes a la luz de la Palabra de Dios y de nuestra experiencia pastoral. Hemos llamado a la oración a todos los fieles durante el mes consa-